

Recordar, compartir, aprender

Alicante

José Ramón Mallól Sala, 66 años

Samuel Juliá Cristóbal, 20 años

LA BONDAD DE LAS NUBES

A sus 66 años, Pepe Mallol se mueve de un lado a otro con el teléfono móvil pegado a la oreja. En el salón de su casa, el sol de mayo penetra a través de las cortinas. Pasan ya de las cinco de la tarde. Cuando suena el timbre de la puerta, sale a recibirme y me invita a acomodarme en el sofá. Pepe Mallol es un hombre alto y delgado, luce una perilla plateada y sus ojos conservan el brillo de una inagotable curiosidad. Enseguida logra olvidarse de la atmósfera que le rodea y se lanza a conversar con la alegría de un niño.

Empezó a trabajar para Iberia en 1969, cuando sólo contaba 25 primaveras. Desde entonces, su vida ha transcurrido en el aeropuerto de El Altet, con los ojos clavados en la pista de aterrizaje y la maleta siempre preparada. Al principio era ese humilde operario de uniforme azul que los pasajeros se encuentran al final de una larga cola y con el que apenas intercambian unas palabras antes de ascender a 10.000 metros de altura. Facturaba maletas, tramitaba los billetes, supervisaba las cargas y descargas, las hojas de embarque, o incluso, examinaba los productos del depósito franco. Con la experiencia de los años, Mallol abandonó el suelo de los aeropuertos y se convirtió en ejecutivo de ventas, interviniendo en Operaciones Especiales de Iberia. Sus viajes le llevarían hasta Nueva York, Londres, París, Frankfurt, México D.F., Cancún, Bruselas, Bolonia, Río de Janeiro, Buenos Aires, Santiago de Chile y otras muchas ciudades en las que dejaría marcada la huella de sus zapatos.

Hoy Mallol se inclina sobre la mesita del salón y traza con un lápiz la trayectoria de su vida hasta que el mapa se emborrona. Recuerda que una vez acompañó a 400 cardiólogos españoles hasta un congreso en Nueva York. Su misión consistía en conducir a los pasajeros desde el origen a su destino, cuidar de esas pequeñas cosas que hacen que un largo periplo se haga agradable; facturar los equipajes, vigilar que se cumplan los trámites burocráticos, velar por que los viajeros disfruten de una feliz estancia. Dirigió también varias escapadas a la feria de Düsseldorf, llevó a Cancún a miembros del Colegio de Aparejadores de Alicante. En alguna ocasión, recuerda, el éxito de su viaje ha pendido de un hilo. Sobre todo, cuando hallándose en el aeropuerto de Ciudad de México, acompañando a algunos representantes de laboratorios, se encontraron con dificultades para que la policía permitiera la exportación de los productos que habían facturado. En aquellos tiempos, en México, no podían imaginarse lo que podía ocurrir si no les dejaban pasar. Aquella contrariedad les hizo vivir momentos de tensión. “Nuestro destino dependía de que se encendiera una luz roja o verde”, confiesa Mallol, con los ojos muy abiertos y una sonrisa en los labios. Al final fue una luz verde.

Pepe Mallol ha cultivado una gran pasión por las aeronaves. Hace siete años trató de esclarecer los orígenes del trepidante mundo de la aviación; le intrigaba cómo el hombre había logrado elevarse por encima de la tierra. “Intento averiguar el porqué de las cosas que me interesan”, explica Mallol en el salón de su casa, mientras pasa las páginas de su libro Volar: fantasía y realidad. Apoyándose en las imágenes de su gran colección de sellos, la obra rescata la historia de la aviación desde los tiempos de Leonardo da Vinci hasta la actualidad, pasando por Clément Ader y los hermanos Wright. Aunque la Fundación Infante de Orleans estuvo al principio interesada en su publicación, nunca conoció la luz de la imprenta. El placer de Mallol por la escritura no sólo se ciñe, sin embargo, a la historia aeronáutica. Además ha escrito una novela sobre la juventud, Los ideales de Armando Amengol, que ha repartido entre sus amistades. Ambas obras se escribieron en un pequeño cuarto trastero -el cuartel general, como él lo llama-, donde Mallol esconde su ordenador y se retira al abrigo de sus libros. En la estantería reposan los ejemplares de otros hombres inquietos: Cervantes, Galdós,

Recordar, compartir, aprender

Fernando de Rojas, Oscar Wilde. Ahora Mallol, fascinado por la Historia, estudia emprender una obra sobre el Alicante del siglo XIX. Desea conocer lo que pasó mucho antes de que él estuviera aquí, la intrahistoria, sus ancestros. “Siento interés por lo más escondido, lo que no hemos estudiado, ni está publicado en libros de texto, las proezas de grandes héroes sin nombre, las hazañas de la gente de a pie”, manifiesta con frenesí.

En los albores del nuevo siglo, a los 58 años, Mallol dejó de trabajar para Iberia y partió hacia la jubilación. Desde entonces, su inquietud viajera no ha experimentado ningún cambio. Con frecuencia sale en coche por España, junto a su esposa, tan sólo guiado por la perspicacia de su intuición y las indicaciones de su GPS. A pocos días de concluir esta entrevista, Mallol se marcha unos días a un balneario salmantino a cuidarse de sus problemas respiratorios. Aunque no le gusta hablar de ello, ha entrado 11 veces en el quirófano: le han operado de un cáncer de faringe y le han aplicado quimioterapia en el pabellón auricular izquierdo. Sin embargo, a Mallol no le agrada que las personas mayores presuman de sus problemas físicos. “Hay que seguir hacia delante y vivir con optimismo. Con las preocupaciones sólo consigues desanimarte”, sentencia. Y mientras todavía estoy meditando en sus palabras, el reloj marca la hora de partir y Mallol se despide con ese apretón de manos que sólo saben dar las personas que han viajado mucho.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Pepe Mallol está casado, tiene tres hijos y un nieto. Para él el significado de la vida no se encuentra simplemente en sacarse una carrera, labrarse un porvenir y alcanzar los fines que los jóvenes ambicionan. “Quizás por mi edad, me conformo con despertarme cada mañana y comprobar que estoy. Me siento satisfecho sabiendo que soy un apoyo para mi familia”, declara. Los objetivos cambian a lo largo de la existencia, pero cuando Pepe Mallol mira hacia atrás se da cuenta del valor real de lo humano; “si alguien se pregunta qué es lo que vale la pena de la vida, seguro que está pasando por horas bajas”, dice como si tratara de sacudirse la tristeza. “Es entonces cuando tienes que acordarte de los momentos en que fuiste feliz”. Mallol sabe que las dificultades nos hacen mejores personas, que la fe mueve montañas. Ha luchado, ha vivido durante años con los pies en la tierra y el corazón en las nubes. Nada le contenta más que contemplar el renacer de una nueva vida a través de sus descendientes más jóvenes. Todavía hoy confiesa sentir un indescriptible gozo cada vez que su nieto de cuatro años, José Antonio, le hace esa pregunta que todos los niños formulan a cada instante a sus mayores: “¿por qué, abuelo? ¿por qué?”.